

# Kamchatka

Revista de análisis cultural  
N. 16



**Cosas, objetos, artefactos.**

**Memorias materiales de la violencia en América Latina**

Dossier coord. por Emilia Perassi y Fernando Reati

# COSAS, OBJETOS, ARTEFACTOS. MEMORIAS MATERIALES DE LA VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 16 (2020)

Dossier coordinado por EMILIA PERASSI Y FERNANDO REATI

FERNANDO REATI, EMILIA PERASSI. Cosas, objetos, artefactos. Memorias materiales de la violencia en América Latina.

EMILIA PERASSI. Objetos-testigo. Fracturas y reconstrucciones del relato identitario.

FERNANDO REATI. La memoria de/en los objetos. Artesanía, dibujos y bordados clandestinos de los presos políticos en la cárcel de Córdoba (Argentina, 1976-1979).

TERESA BASILE. Los objetos en los escenarios de la memoria: aproximaciones teóricas y análisis de ejemplos referidos a los hijos de desaparecidos en Argentina.

LAURA SCARABELLI. Las frazadas en la memoria de la dictadura chilena: el caso de Jorge Montealegre.

EMANUELA JOSSA. Cosas, pruebas, indicios: los restos del conflicto armado en el Salvador.

SANDRA LORENZANO. Naufragios.

Imagen de portada:  
heladera en habitación vacía en El Olimpo,  
ex-centro clandestino de detención en Argentina.  
Fotografía de Fernando Reati.



# NAUFRAGIOS

Shipwreck

SANDRA LORENZANO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO (MÉXICO)

slorenzano@gmail.com

ENSAYO POÉTICO Y TESTIMONIAL

RESUMEN: Este texto es un recorrido a la vez poético y testimonial, sobre mi propia adolescencia vivida en la Argentina en el momento en que comienza la represión, y los años del exilio mexicano. La memoria del dolor, del miedo, de las ausencias, de la solidaridad, de las fragilidades familiares, aparece entrelazada con objetos y geografías, con imágenes y sonidos, que funcionan como guardianes del recuerdo.

La presentación de este texto realizada en Nápoles en 2019 fue un performance en el cual música, imágenes y objetos acompañaron la lectura del texto. Esperamos que estas líneas permitan imaginarlo así.

PALABRAS CLAVE: Memoria, exilio, migraciones, desaparecidos, dictadura argentina.

ABSTRACT: This text is a poetic and testimonial journey, about my own adolescence lived in Argentina at the time the repression begins, and the years of Mexican exile. The memory of pain, fear, absences, solidarity, family frailties, appears interwoven with objects and geographies, with images and sounds, which function as guardians of memory.

The presentation of this text carried out in Naples in 2019 was a performance in which music, images and objects accompanied the reading of the text. We hope that these lines allow you to imagine it like this.

KEYWORDS: Memory, exile, “desaparecidos”, migrations, Argentine dictatorship.

Lorenzano, Sandra.

“Naufragios”

*Kamchatka. Revista de análisis cultural* 16 (Diciembre 2020): 401-430.

ISSN: 2340-1869 DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.16.17865>

*...todos los cuerpos sin nombre son nuestros  
cuerpos perdidos.*  
Antígona González<sup>1</sup>



Las maletas de los migrantes. Las maletas de los exilios. Las maletas de los que fueron y volvieron. O de aquellos que nunca pudieron regresar. Plenas de objetos en ese vacío: amenazados, borrados, desaparecidos, asesinados<sup>2</sup>.

Quien lo ha perdido todo viaja con el vacío, con las ausencias. Viaja con su memoria. Llegan algunas fotos desde el fondo de los cajones abandonados. Música. Versos. Juegos. Imágenes de un jardín que ya no existe. Un río. Libros que se ahogan. Cenizas. Huesos. El equipaje no

---

<sup>1</sup> Sara Uribe, *Antígona González*, México, Sur+, 2012.

<sup>2</sup> Las imágenes de maletas están tomadas del catálogo de la exposición “*Maletas migrantes*” del Museo Memoria y Tolerancia de la Ciudad de México.

es jamás ligero, querido Machado. Los hijos de la mar cargamos piedras. Siempre. Como las que se ponen sobre las tumbas. Piedras como flores.

Nos acostumbramos a construir una memoria de la desolación, hecha de vestigios, de huellas en la piel. Ni testigos. Ni testimonios. Ruina sobre ruina como la visión del Angelus Novus benjaminiano.



En el principio fue el verbo  
Sólo el verbo para renacer.  
Pero no, no es verdad  
(Arrorró mi niña)  
Quizás un arrullo  
Una *ninna nanna* apenas tarareada  
Mmmmmmm  
¿En ruso? ¿En italiano?  
En el principio había un sonido, un olor  
O ni siquiera: apenas una sensación  
El aire que entra tibio por la nariz  
Inspiro  
Expiro  
Aunque tal vez tampoco sea verdad  
En el principio fue el big bang  
O la big band del universo

Dos piedras que se frotan sin querer  
(Otra vez las piedras)  
Y aparece el fuego  
La primera chispa  
Años luz de materia incandescente  
Giros enloquecidos que enfrían lo que primero encendieron  
Y el miedo al blanco que es suma de todos los colores;  
suma informe de todo lo que fuimos.  
Miedo al vacío.  
Sin palabras. *Senza parole.*  
Y el cerebro reptiliano que no logra asir el recuerdo.  
¿Conocen la historia?

Como todo lo que importa es mucho más sencilla de lo que imaginamos, o más arcaica. Alguien propuso la teoría evolutiva del cerebro triúnico, tres en uno: el reptiliano, el límbico y el cognitivo.

La función reptiliana sería la que organiza “los procesos involucrados en el regreso de las tortugas marinas al mismo lugar en el que han nacido”.

Las tortugas. Ulises. Yo misma. El lugar en el que hemos nacido.

El cerebro de reptil da origen a la nostalgia

(voz en off:

Del latín moderno. *nostalgia*, y este del gr. νόστος *nóstos* 'regreso' y -αλγία *-algía* '-algia'.

1. f. Pena de verse ausente de la patria o de los deudos o amigos.
2. f. Tristeza melancólica originada por el recuerdo de una dicha perdida.<sup>3</sup>

porque ya no hay hogar al cual regresar.

No leo más explicaciones. La lagartija que hay en mí lagrimea al sol.

*El lagarto está llorando.*

*La lagarta está llorando.*

*El lagarto y la lagarta*

*con delantalitos blancos.*

*Han perdido sin querer*

*su anillo de desposados. (...)*

*¡Miradlos qué viejos son!*

*¡Qué viejos son los lagartos!*

Mi madre me recitaba los poemas de Lorca. La nostalgia y el miedo se mezclan: soy una tortuga que no puede regresar.

Los restos de Lorca, asesinado por el franquismo, por rojo, por homosexual, por irreverente, no han podido ser exhumados. Ni siquiera se sabe con certeza dónde están.

Miro un programa sobre el cementerio de la Salud en Córdoba, España. Dos mil personas fueron fusiladas allí por la dictadura franquista en los seis primeros meses de gobierno.

---

<sup>3</sup> Diccionario de la Lengua Española.

Apenas ahora, ochenta años después, están exhumando los huesos e identificando a cada una de las víctimas.<sup>4</sup>

“Córdoba, lejana y sola”, escribió Góngora.

Cuenta uno de los antropólogos forenses: Cada mañana una mujer muy anciana llega con flores para una de las tumbas. “Por fin puedo descansar –me dice- he encontrado a mi padre”.

Dos mil cuerpos. Enterrados en una fosa común.

Estaban amarrados con alambre.

Muestra un cráneo: por aquí entró la bala; por aquí salió.

\*\*\*

“Tras los pasos de Antígona”, el documental sobre el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), es el testimonio de la historia contemporánea del horror. De la nuestra, de la que hemos vivido nosotros mismos. De la que estamos dejando a nuestros hijos.

“Tras los pasos de Antígona” es también un ejercicio de ética, de política, de compasión.<sup>5</sup>

Era mi hermano y para mí eso basta, le grita la joven griega a Creonte.

“Córdoba, lejana y sola”.

Dos mil cuerpos. Enterrados en una fosa común. Dije.

En México hoy: más de tres mil fosas clandestinas. Más de tres mil.<sup>6</sup>

Más de 400 mil muertos, más de 70 mil desaparecidos.

Tal vez enterrados en alguna de ellas.

Huimos de un infierno.

Volvemos a estar en un infierno.

Amábamos aquel país. Amamos éste. ¿Qué se hace con ese amor?

(música: “México lindo y querido, si muero lejos de ti: que digan que estoy dormido y que me traigan aquí...”)

Las madres de los desaparecidos han formado grupos que buscan esas fosas clandestinas. Basta una varilla. Donde la tierra se ve removida clavan una varilla, al sacarla la huelen. El olor a muerte es inconfundible.

---

<sup>4</sup> Ver la noticia en *Diario de Córdoba*.

<sup>5</sup> “Tras los pasos de Antígona”.

<sup>6</sup> Según *declaraciones* del Subsecretario de Derechos Humanos, Alejandro Encinas, del 12 de julio de 2020.

Qué país es éste donde las madres y los padres tienen que organizarse para salir a buscar fosas clandestinas con la esperanza de que allí, en alguna de ellas, esté el cuerpo de su hija o de su hijo. Madres y padres que han aprendido a reconocer el olor de un cadáver entre todos los otros olores que guarda la tierra<sup>7</sup>.



La memoria es un palimpsesto. Recordamos lo que hemos vivido, pero también lo que han vivido otros. Lo que hemos leído, lo que nos han contado. Somos contrabandistas de historias propias y ajenas.

\*\*\*

O quizás en el principio fue el hueso. Un fémur. Mi húmero quebrado.

Alguien que lo tira hacia arriba, a un cielo que estrena su azul.

Como en la escena de “2001, Odisea del espacio”.

O las cenizas. Las que volvieron gris el cielo de Buchenwald. Las de mi madre que eligió quedarse bajo una azalea en su jardincito del Tigre. Una azalea que florece cada primavera.

Me piden que hable de objetos, de sitios, de sueños.

Huesos.

Maletas.

El equipaje del exiliado.

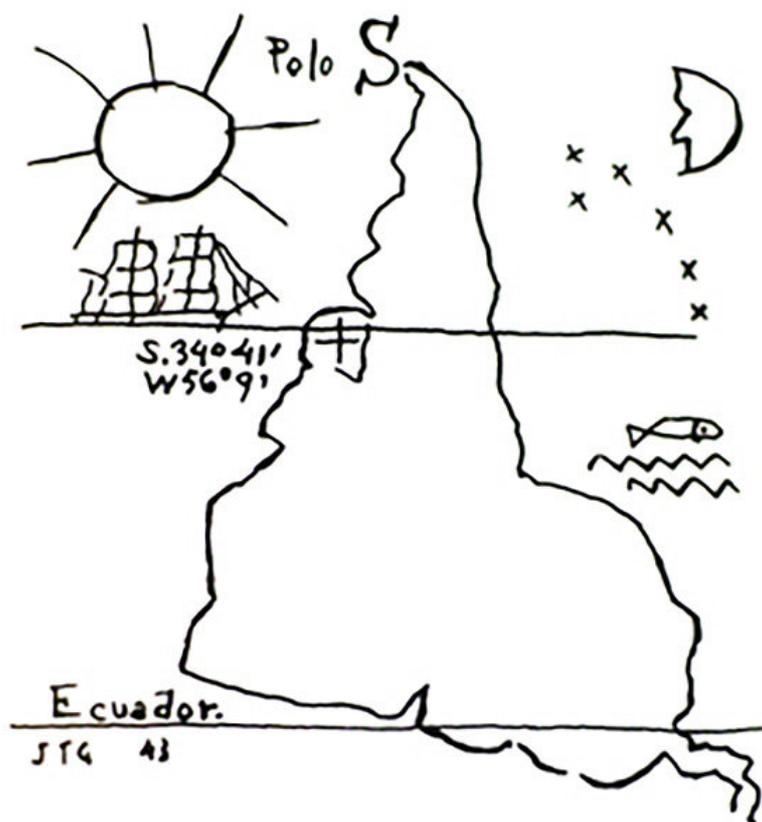
La mochila del migrante.

El baúl que trajeron los abuelos que llegaron del otro lado del océano.

---

<sup>7</sup> Tomada del artículo de Marcos Vizcarra, “Sinaloa, líder en fosas clandestinas y en encontrar restos de desaparecidos”, en *Ríodoce*, 2 de julio de 2019.

En el principio fue la casa.<sup>8</sup>



El hogar.

El focolare.

Me piden que hable de objetos, de sueños, de sitios.

Aunque yo crea lo mismo que el final de *Las batallas en el desierto*, la hermosísima novela de José Emilio Pacheco:

“Se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. No hay memoria del México de aquellos años. Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia.”

Y sin embargo...

También están los barcos: tercera clase desde Europa a América.

Y antes del barco. La violencia, claro.

Dice la poeta somalí Warsan Shire:

---

<sup>8</sup> Joaquín Torres García, *Mapa Invertido de América del Sur*, tinta sobre papel, 1944.

*Nadie abandona su hogar, a menos que su hogar sea la boca de un tiburón.  
Solo corres hacia la frontera cuando ves que toda la ciudad también lo hace.  
Tus vecinos corriendo más deprisa que tú. Con aliento de sangre en sus gargantas.*

Y termina con los siguientes versos:

*Nafraga, sálvate, pasa hambre, suplica, olvida el orgullo,  
tu vida es más importante.  
Nadie deja su hogar hasta que su hogar se convierta  
en una voz sudorosa en tu oído diciendo:  
'Vete, corre lejos de mí ahora.  
No sé en qué me he convertido, pero sé  
que cualquier lugar es más seguro que éste'.<sup>9</sup>*

Eso escucharon los abuelos rusos en Odesa y en Minsk. Porque eran judíos. Porque eran revolucionarios. Y viceversa. Algo así escucharon los abuelos que llegaron de Italia. Nunca más ninguno de ellos volvió a su tierra.

Así nuestra vida:

Como si cada vez se escaparan las palabras.  
Como si el cincel de las horas borrara las huellas  
y obligara a buscar otra vez desde el principio:

(malvones y ríos,  
luz en los rayos de alguna bicicleta)

una marca que haga del aire  
aliento de hogar.

En blanco y negro la memoria:

igual que el álbum que heredamos  
sin darle importancia.

No aprendimos los nombres ni las risas.

No supimos las fechas ni los miedos.

Sólo algunos muertos y la historia aquélla

---

<sup>9</sup> Warsan Shire, “Hogar”, en Fundación Sur, departamento África

del kepí y la bala.  
Nada heroico.

Vidas tejidas al crochet  
para poner después en la mesita.

Dicen que entre hielos nadaba  
-de chico-  
el abuelo ruso.  
No supimos.  
Recibimos formales pedazos de vida  
y los ignoramos.

Ninguna moraleja:  
Un vacío simple.

Y el viento.

Como siempre.<sup>10</sup>



---

<sup>10</sup> Marc Chagall

Antes del barco, la violencia de los pogromos. Los versos de Bialik lo cuentan:

*Levántate y ve a la ciudad asesinada*

*y con tus propios ojos verás,*

*y con tus manos sentirás*

*en las cercas y sobre los árboles y en los muros*

*la sangre seca y los cerebros duros de los muertos...*

Durante años me dio vueltas este poema. Quizás menos por Bialik que por mi abuela. Como si su exilio y el mío fueran uno solo.

Absurdo: ella tenía sólo nueve meses cuando

subió en brazos de su madre al barco que la llevaría al sur.

Como si su miedo y el mío fueran uno solo.

En la piel, las huellas; vestigios de eso que no vio ni entendió.

Gritos.

Golpes.

El cuerpo de la *bobe* cubriéndola de los cosacos..

Y después —siempre lo cuento— los tangos más reos.

Muerta de la risa nos decía:

“Mi mamá me lavaba la boca con jabón cuando me escuchaba.”

Y enseguida empezaba a cantar:

*Garufa, pucha que sos divertido.*

*Garufa, vos sos un tipo perdido.*

La moral comunista no permitía desvíos.

Al final de cuentas era una niña.

Y habían escapado de la ciudad asesinada.

Dos hermanas de la abuela nacieron con la marca en las entrañas.

Al sur de todos los sures.

Dos hermanas que murieron antes de los veinte años.

Una, aterrada, se colgó en una habitación del hotel de su padre.

Tenía ¿diecisiete?, ¿dieciocho?

*Prohibido suicidarse en primavera*, de Alejandro Casona me regaló mi madre cuando yo era apenas adolescente.

El mensaje era claro.

La otra hermana pasó meses en el hospital.

La locura y el cáncer: las dos marcas de nuestras mujeres.

Los gritos, los golpes quedaron grabados en los huesos de una abuela de nueve meses.

Pero también la risa, los tangos a pesar del jabón, los pinceles con colores brillantes.

Mi abuela pensó que iba a morir antes de cumplir cincuenta y tres años. Como su propia madre. Como la madre de su madre. La memoria del cuerpo de nuestras mujeres es implacable. Despertó al día siguiente de su cumpleaños dándole gracias a un dios en el que nunca creyó. Compró pinturas, pinceles y telas y pasó el resto de su vida buscando el lado más colorido de la realidad. Murió a los noventa años.

Ésa es mi herencia.

\*\*\*

En el principio tal vez sean las cartas. Decenas, centenares, miles de cartas que cruzaban el continente. O iban al otro lado del océano.

Cartas en las que se decía sin decir. Se contaba sin contar. Cartas como alianzas inquebrantables. Sin decir, sin contar, abiertas, censuradas, leídas por otros, tachadas, gritaban el amor. El cariño. La memoria.

El miedo.

Como esas llamadas que hacíamos desde algún teléfono pinchado. “Hay un teléfono en la Glorieta de Insurgentes”, y viajábamos en metro o en colectivo. A veces más de una hora. Pero allí estaba. El teléfono y la fila. Éramos muchos. Nos reconocíamos por el desasosiego en la mirada. Y los gritos. “¡Hola! Má. Sí, bien. Todo bien. Hace calor. ¿Y por allá? Besos a todos”. A los gritos. Las voces eran un abrazo que llegaba de lejos. Casi sin información. La nena bien. Terminó cuarto grado. Hace. Te quiero. Te extraño. No se oye bien.

Todo rápido porque la cola es larga y todos queremos hablar. Nosotros a Buenos Aires, a Córdoba, a Tucumán. Otros a Chile. A Guatemala. A Uruguay. Todos queremos tocar base.

Recordar quienes fuimos. Quienes somos. Escuchar las voces queridas y extrañadas. Rápidamente creamos códigos. “Parece que Rina está de viaje. Se llevó a los chicos”. El frío nos helaba la sonrisa. “Irse de viaje” era siempre haberse convertido en un desaparecido. Todavía mi padre me dice “De eso prefiero no hablar por teléfono”. Piensa que siempre un represor puede estar escuchando.

Cuarenta y tres años después sigue diciéndome “De eso prefiero no hablar por teléfono”.

Te quiero. Te extraño.

Cuarenta y tres años después: a veces cuando despierto tengo durante una micronésima de segundo la intención de llamar a mi mamá. Como si las cosas no terminaran de ser si no se las cuento.

Todo bien, má. Hace calor. La nena ya es una mujer. Estarías orgullosa de ella. Durante una micronésima de segundo la conciencia ha olvidado que mi madre murió hace trece años.

En unos meses cumpliré sesenta. Me da vergüenza decir que hay días en que me siento increíblemente huérfana.

\*\*\*

Tengo una foto.

Lo digo así porque es de las pocas que salvamos de nuestra propia ciudad asesinada. La del sur.

Hay gente que tiene increíbles fotos antiguas, grabados, alhajas, muebles, recuerdos que han pasado de generación en generación. Y el exilio es esto: los únicos objetos que importan los llevamos tatuados en la piel.

La *bobe* sentada (y yo que sueño con regazos tibios de mujeres, agradezco las caderas generosas) arrojando a mi madre que entonces no era mi madre sino una niña de apenas cuatro o cinco años.

Y el miedo parece tan lejano, tan ajeno.

*Prohibido suicidarse en primavera.*

Antes los gritos, los golpes, los insultos, en la ciudad asesinada.

*La sangre seca y los cerebros duros de los muertos.*

Después los gritos, los golpes, los insultos, en otra ciudad que agonizaba.

Había pasado más de medio siglo.  
Habían cruzado el océano.  
Habían reído y cantado en noches de vodka. Más rusos que judíos.  
Habían recitado largos poemas en idisch y en castellano.  
Más porteños que rusos.

El río no era el mar pero se le parecía.  
Ese mismo que luego fue tumba de tantos.  
En el monumento que recuerda a los treinta mil voy acariciando los nombres de mi gente. Allí frente al único verdadero testigo del horror. Ese río que amamos y odiamos al mismo tiempo.  
Acaricio con un dedo el rostro de niña de mamá.  
Una de las pocas fotos que salvamos.  
Fuimos envejeciendo casi sin imágenes, mi abuela, mi madre y yo.  
En el cuerpo los vestigios del miedo: semillas de cáncer y locura.  
Pero también la ternura y la risa.  
El olor a pan recién hecho.

Enraizadas en los cuerpos amados, no es fácil –lo grito a todos los vientos-  
No es nada fácil borrarlos de la faz de la tierra.

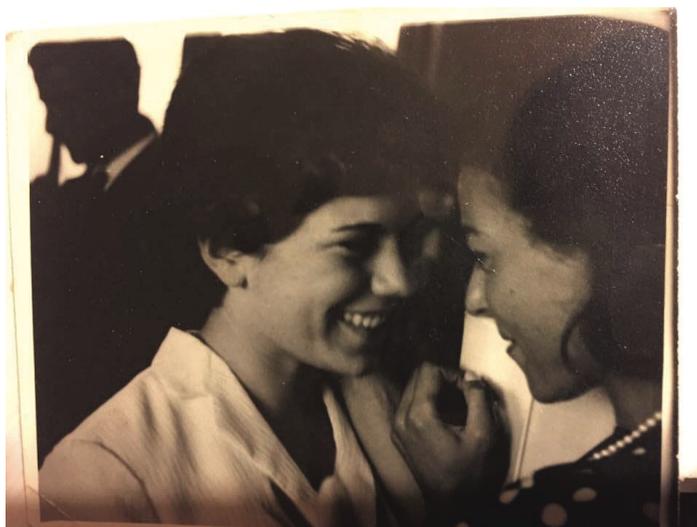


\*\*\*

Lo que salvaríamos en un naufragio: unas piedras, estas fotos, estas risas, estos versos.

Aprendí que no hay ningún objeto imprescindible: sólo la gente querida es imprescindible. Sin embargo, cada vez que tengo que viajar pongo en la maleta todo aquello con lo que podría sobrevivir en otra ciudad, en otro país, en otra vida. Como si en cualquier momento, el destino pudiera decidir que no, que no hay regreso, “se acabó esa ciudad. Terminó aquel país. –como decía Pacheco- (...) Y a nadie le importa: de ese horror quién puede tener nostalgia”.

“Vengo de otra parte.” Me dormí con esa frase dándome vueltas en la cabeza, y fue lo primero que pensé al despertar. “Vengo de otra parte.” He recibido dos fotos que me estremecieron. Me las mandó mi primo. Las encontró cuando estaba buscando fotografías para la marcha por los derechos humanos. Una vez más la plaza. Una vez más la memoria. Una vez más la bronca y el dolor. Revolviendo en esos álbumes familiares que han quedado vacíos, **aparecieron** de pronto estas dos imágenes. Subrayo la palabra aparecieron. Extraña en este contexto. Clara. Fuerte. No feliz.



A la izquierda, Rina, la mamá de mis primos, el día de su casamiento. Tenía diecisiete años. A la derecha, mi madre, de treinta (¡menor que mi hija hoy!). El gesto de complicidad entre ambas me conmueve. *Memento mori*. Mis padres habían viajado a Córdoba, otra Córdoba, la nuestra, también lejana y sola. Habían viajado para el casamiento. La casa estaba muy cerca de la penitenciaría. Quién lo hubiera dicho. Irma y Pánfilo, los padres de Rina y Domingo Menna, tenían el tallercito de sastre y un acento italiano que seguía allí después de tres décadas de haber salido *d'íl suo paese*. Crecí rodeada de esos acentos: los múltiples de los “tanos”, de los gallegos, de los portugueses, de los polacos, de los alemanes, de los japoneses, de los rusos. Eran casi parte del paisaje. También los de santiagueños y correntinos. Me

parecían normales. Me parecía normal la mezcla de apellidos de todos mis compañeritos de la primaria. Recién cuando yo misma llegué con mi tono de adolescente porteña a ese país en el que ya llevo más de cuarenta años, empecé a pensar en la memoria que encerraban esos acentos. En las historias. En la pobreza, en la violencia, en los barcos, en los autobuses, en las despedidas. Empecé a pensar en la pregunta “¿qué salvarías en un naufragio?”, a tratar de imaginar esos baúles pobres, esas valijas de cartón, esa poca ropa, una que otra foto, algún documento. ¿Qué habían puesto en ellas nuestros abuelos? ¿Qué habían querido salvar? ¿Qué habían *podido* salvar? Al final creo que vuelvo siempre a los mismos cuentos. Durante muchos años hice todo lo posible por disimular mi propio acento (sin lograrlo del todo, claro). Pero ahora esta mezcla rara —estas “eses” aspiradas que cada tanto se me escapan, estas palabras que ya no cambio porque igual me entienden— es cada vez más evidente. Al final ¿por qué tendría que disimularlo/borrarlo/desaparecerlo (otra vez este verbo vuelto sustantivo por la brutalidad de la historia)? ¿Por qué tendría que ocultar que “vengo de otra parte”?

Era el año 67. Yo iba a “primero superior”. Soy de la última generación que hizo primero superior. Soy antediluviana (casi).

Rina iba todavía a la secundaria y volvía a su casa con el guardapolvo blanco y esa manera tan suya de sonreír con todo el cuerpo.

Papá ve la foto y me cuenta algunas cosas del casamiento, casamiento de militantes, austero y feliz. Me aferro no al *grand récit* familiar, sino a los detalles más ridículos: “A mamá se le había terminado el champú en Carlos Paz”. Esa frase revive para mí algo que no viví, más que todos los relatos “oficiales”. A mi mamá se le había terminado el champú, pienso, y ahí están la boda, los paisajes cordobeses, la cámara de mi papá, las complicidades de lo que serían más de cincuenta años de vida compartida. Y esa carencia, ese champú que no tuvo en ese momento, es una más de las ausencias que salvaría en mi naufragio.

A Rina se la llevaron tal vez un 12 de mayo. Mis primos —el mayor, Ernesto, es el que aparece en esta foto—, y los otros chicos que vivían en esa casa de la provincia de Buenos Aires donde se imprimía el órgano del partido, lo llaman “el día que no fue”. “El día que no fue” podría ser el título de una novela. Le dicen así a esa fecha que pusieron un poco por intuición, otro poco por deducción. “Me acuerdo que era viernes y que yo volvía contento de la escuela porque el lunes era feriado”, dice Ernesto. “Todos nos preguntaban: ¿cuándo fue? ¿Cuándo se los llevaron? ¿Cuándo los dejaron a ustedes en el orfanato? ¿Cuándo los buscaron los abuelos? Y yo tenía nada más que siete años y no me acordaba bien, así que medio inventé las fechas. Pensaba en esas cosas: la escuela, el feriado, lo que contaban los abuelos, y dije 12 de mayo. Y dije: estuvimos cuarenta y dos días encerrados en el orfanato. Y dije: tuve un hermanito que nació entre noviembre y diciembre.” Siempre es bueno tener una fecha. Y un lugar. Pero el cuerpo de Rina no ha aparecido todavía. La recordamos así, en el aire, en las fotos, en la piel.

Ella tiene al bebé en brazos y sonrío. Él mira serio o enojado o molesto a la cámara. ¿Sabe ya lo que todavía no ha pasado?



Vengo de ese otro lado de la vida: del lado de mis muertos, del lado de los abuelos y bisabuelos de acentos extraños, del lado del lagarto y la lagarta que lloran, del lado del cerebro reptiliano, del lado en que las mamás se quedan sin champú o pueden desaparecer un día que no fue.

Eso dirá mi tatuaje: “Vengo de otro lado”. ¿En qué lengua? En la lengua balbuceante que ha quedado como resto.

Irma y Pánfilo (dos hijos asesinados y un nieto desaparecido en el 76), nos recibían (en el 68) con un tazón de café con leche y el más delicioso pan con manteca y azúcar del que tengo memoria. De Casalanguida (42°02'00" latitud norte, 13 kilómetros cuadrados, 1,079 habitantes hoy) entre los Abruzzos y el Adriático, a ese barrio de laburantes de Córdoba (31°25'00' latitud sur). Desde la ventana de la cocina se veía la cárcel. Faltaba un año para el Cordobazo.<sup>11</sup>

*Vengo da un'altra parte.*

Vivir con lo que salvaríamos de un naufragio. Ése es el reto.

O los baúles de los inmigrantes, ésos que guardan entre las sábanas bordadas que serán para la nena el día que se case, algo de la tibieza del sol del Mediterráneo. un álbum de fotografías en sepia —“¿esa chiquita con el moño en la cabeza es la abuela?”—, algunos cubiertos de plata —“Pocos porque hubo que repartirlos entre todos tus tíos. El violoncello no, no cabía en ningún lado, pero dicen que el abuelo nunca dejó de escucharlo. esa voz guardada en su

---

<sup>11</sup> Algunos de estos fragmentos forman parte de la novela *El día que no fue*, México, Alfaguara, 2019, que aún estaba inédita cuando presenté este texto en Nápoles.

interior fue su equipaje. no quiso uno nuevo, prefirió soñar con el suyo el resto de su vida, con el que sus dedos aprendieron a acariciar cuando era pequeño.”— ... toda la memoria en unos pocos bultos. *Mira qué llevo: nada aquí verás, sólo tristeza*, escribió Ovidio.<sup>12</sup>



O las llaves. Y Sefarad fue para siempre la tierra de la nostalgia.

Vivir con lo que salvaríamos en un naufragio.

*Ruina sobre ruina* dice el Angelus Novus.

Me he quedado huérfana de lengua madre.

Tartamuda. Balbuceante.

\*\*\*

Teníamos apenas quince años cuando empezaron a parar los colectivos y a hacernos bajar, apuntándonos con las armas. “¡Documentos!”, gritaban. Los hombres de un lado, las mujeres del otro. Temblábamos. Y eso que aún no conocíamos las historias. Éramos todavía el pasado de un futuro aterrador. El de los treinta mil. El de las placas negras que acaricio en el Parque de la Memoria. “¡Documentos!”. Nos rozábamos las manos, o los brazos, para saber que no estábamos solas. Mamá me decía siempre antes de que saliera: ¿Llevás el DNI? El DNI en la mochila, el pelo recogido con vincha y hebilla, el guardapolvo a la altura de la rodilla, medias tres cuartos azules, mocasines, identificador con el nombre sobre el escudo de la escuela. Cuerpos disciplinados. Eso éramos. Lo único libre era el nombre del colegio: Escuela Nacional Normal Mixta Gral. José Gervasio Artigas. ¡Artigas! Aprendíamos el himno del general de hombres libres y el himno uruguayo, claro (*Orientales, la patria o la tumba. Libertad o*

---

<sup>12</sup> Amedeo Modigliani.

*con gloria morir*), mientras al otro lado del Río de la Plata la represión ya había comenzado. La patria o la tumba.

“¡Documentos!” Ni nos mirábamos al bajar. Sólo el roce de las manos o los brazos. Éramos todavía el pasado de un futuro que ya estaba ahí. El huevo de la serpiente. Nos dejaban ir. Silencio total adentro del 365. El miedo nos ahogaba las palabras.

Una vez vimos cómo se llevaban a un hombre. ¿Te acordás? Debía ser obrero de alguna de las fábricas de la zona. De la Ford tal vez. Después nos enteramos que en la planta de Pacheco había funcionado un centro clandestino de detención. Era tan cerca de casa que me da escalofríos pensarlo. Podría haber sido paciente de mi papá, o el tío de alguna de mis compañeras de la primaria.

Esa tarde nos paramos en la banquina. Acabábamos de cruzar el río Reconquista. Yuyos, basura. El río bajo. El olor a podrido. Ya sabíamos lo que seguía. Buscamos el DNI. Catorce millones quinientos noventa y un mil ochocientos setenta y nueve. No había nadie que no se supiera el número de memoria. Hace más de cuarenta años que no tengo que decirlo, pero no se me olvida. Como nuestro primer número de teléfono: siete cuatro cuatro seis cero nueve seis. El número de la casa a la que nunca volvimos. Bajamos. A los hombres los pusieron de espaldas a nosotras, con las manos en alto contra la chapa pintada de azul del colectivo. “La Independencia”, decía. Era el nombre de la compañía. Lo juro. Puente Saavedra-José C. Paz-Luján. Los palparon de armas y a uno se lo llevaron.

Así, como si tal cosa, subimos al colectivo todos menos uno. Es la primera vez que lo cuento. Clase 1960: no fui protagonista de nada. Apenas testigo inconsciente del modo en que se naturalizaba el espanto.

\*\*\*

Ningún apego a la tierra.

No.

No es verdad.

No es eso lo que quiero decir.

Hay quien pide que echen tierra de su tierra sobre el cajón. Cada uno un puñado.

Los hijos. La hermana. Los sobrinos.

Hay quien se hace traer tierra por alguno que va a su tierra.

O aire.

O agua de lluvia.

Un frasquito con agua de lluvia.

Con agua de río.

Con polvo de los huesos amados.

Hay quien se hace traer arena de aquellos mares para morir abrazado a su infancia. ¿Y

nosotros? ¿Cuál tierra? ¿Cuál mar? ¿Cuál lluvia de invierno?

Debajo de la azalea, dijo mi madre. En la isla.

“El regreso” le pusieron a la casa.

Allí el río sube. Inundadas, serán siempre agua y no tierra las cenizas de mi madre. “El regreso”. Era predecible.

Pero no volví. Ni al río ni a los cerros de colores.

¿Poco apego a la tierra?

No. No es eso lo que quiero decir.

¿A qué paisajes querremos abrazarnos al momento de morir?

Hay quien pide tierra de su tierra. Arena de la niñez. Entrañable aire de la patria. Como señores de imperios perdidos: enterrados con las huellas de su paso por el mundo. Figuras de barro, joyas, plumas.

La casa se llamó “El regreso”. Fui la única que no volvió.

El jardín es generoso: le ha dado hogar a mi madre. Más agua que tierra. Inundadas las cenizas, aún siguen floreciendo.

\*\*\*

Quizás en el principio fue el amor.

*Llevo dentro de mí los desiertos, la arena caliente del silencio.* Edmond Jabès

Tengo el recuerdo de un nombre

en la punta de la lengua,

por eso exploro las pieles

como quien busca un tesoro.

Eso te dije la mañana del encuentro

intentando explicarte mi sed de desierto.

Tengo el recuerdo de un nombre.

Sonidos brumosos, sílabas,

una cierta tibieza en el oído,

y la historia del ángel aquel

-viejo cuento de arrullos en idisch-

que se lleva en un beso la memoria

del recién nacido.

Por eso exploro las pieles  
como quien busca un tesoro,  
ávida y metódicamente,  
te dije la mañana del encuentro  
al despertar nadando en tu vientre marino,  
sal de todas las sales  
para mi sed de desierto.

\*\*\*

Desierto escribí y fue la noche cayendo sobre el Pacífico.  
Doce mujeres me contaron sus historias. Estábamos en la cárcel de Iquique  
Doce mujeres. Tenían hijos o nietos. Miedos y deseos.  
Una cargaba amorosamente a su bebé. Se llamaba Mirta y era paraguaya.  
La mayor llevaba ahí casi veinte años.  
Tomamos té y hablamos de libros como si fuera un encuentro cualquiera.  
Cada tanto repetían: Desde acá no se ve el mar.  
La misma nostalgia de horizonte que mi padre tiene en la mirada.  
Algunas eran casi adolescentes,  
como nosotras cuando escuchábamos la cantata de Santa María.  
Cerca del penal vi un letrero que decía “Peligro tsunamis”

*“Señoras y señores, venimos a contar,  
aquello que la historia no quiere recordar  
pasó en el norte grande, fue Iquique la ciudad  
1907 marcó fatalidad”.*

Las laderas de los cerros estaban rojas de atardecer,  
y yo recordé de pronto un momento que fue sólo nuestro  
frente a este mismo océano.  
Caminé entonces durante horas por la costa,  
extrañándote, y avergonzada de estar afuera.

\*\*\*

En el principio no es jamás el verbo.  
Es el vacío.  
El silencio.  
Las dudas.  
Tal vez de lejos llegue un arrullo.  
En el principio es siempre la incertidumbre.  
La búsqueda de esa pequeña marca en el recuerdo.  
Apenas un rasguño.

El exilio me dejó tartamuda.  
Aunque nadie lo percibiera, el tartamudeo estaba ahí: dispuesto a asaltarme.  
Estaba ahí: poniéndome piedras en el camino.  
Fue la forma en que mi cuerpo se quedó sin hogar.  
*Oh palabra, tú que me faltas*, clama Moisés en el desierto.  
Lengua en duelo.  
Lengua calcinada.  
*Lingua bruciata*.  
Aún tropiezo en ciertas palabras. *Con* ciertas palabras. Con ciertas sílabas. Intento evitarlas. Intento no olvidarlas. Pero las olvido. Entonces vuelven. Para recordarme que no hay más patria que el íntimo léxico familiar, como dijera Natalia Ginzburg.  
Perdido para siempre.  
El primer tropiezo es siempre mi propio nombre. Debo concentrarme: empezar con la sibilante sin confiarme demasiado porque las sílabas con R son engañosas, traidoras. Luego llega el apellido. Solamente al pronunciar la O final puedo relajarme un poco. No demasiado porque la nueva tierra está llena de piedras.  
Sé que no se dan cuenta.  
Quedo exhausta.

Se habla poco de esta lengua *otra* dentro de la misma lengua.

Se habla poco de este español exiliado dentro de otro español.

Parece un problema menor.

Pero nosotros sabemos que el tartamudeo está ahí. Al acecho.

He llegado a pasar unos meses en otra lengua. Una lengua que hablaban mis bisabuelos, que comprendían, sin hablarla, mis abuelos. "...soy aquellos que fueron antes de mí". Otra vez Natalia Ginzburg.

Llego a otra lengua. En otro país. El segundo día me tropiezo, trastabillo, ¿tartamudeo? Y me caigo.

Fractura del húmero proximal.

Vendaje de Valpeau. Entre corsé y chaleco de fuerza.

Brazo derecho inmovilizado.

El de la escritura.

¿Nombre?, me preguntan en el hospital. Aún no sé si podré decirlo sin volver a caer.

Hay quien cree que es de huesos la ceniza  
del húmero oscuro cantado por Vallejo  
de panes amasados con olvido  
de las voces que escondieron los arrullos  
¿Podré volver al mar alguna vez  
y cubrir con sal mi cuerpo incinerado?

Desierto escribí y un aire caliente me cubrió brazos y piernas.

Fuego oscuro en medio del pecho.

La luz que me obligaba a cerrar los ojos, la arena clavada en la piel.

¿Qué tengo que ver yo con cuarenta años de éxodo?

Me reconozco acaso en la travesía,

en la mirada que extranjera ansía una palabra que dé raíz.

Sin rezos ni velas cada viernes

cargo un libro desde hace siglos.  
Lo deletreo buscando tu nombre,  
agua fresca del Mediterráneo para mi sed.  
Soy la que camina hacia la última frontera  
Valla de acero  
Tren en marcha  
Cuerpo agrietado  
Desierto escribí  
Mil, dos mil, cinco mil,  
Y tantas más que quedan en el camino.  
¿Qué tengo que ver con el frío que hiere en las noches?  
Albergue  
Refugio  
Ven que te llevo de la mano.  
Te cubro con mi abrazo  
Cargo tu mochila  
Beso tus llagas  
Qué tengo que ver con el desierto  
Sal de todas las sales  
Tú  
Para mi sed

vengo de otra parte, escribí  
no es cuestión de geografía  
es cuestión de historia  
quería contarlo  
con las palabras de ellas  
con sus testimonios  
con sus confesiones  
quería contar

los gritos  
la picana  
los cuerpos pesados sobre cada una  
el sudor  
la saliva  
las manos  
las palabras vulgares  
los insultos  
la almohada sobre la nariz y la boca  
el dolor  
la sed  
    la infinita sed  
los cigarros en la espalda  
las uñas arrancadas  
el hambre  
las ratas  
los susurros de las otras  
de los otros  
las encías que sangran  
    el miedo  
    el miedo  
    el miedo  
pero no pude  
tendrás que imaginarlo  
o recordarlo  
tendrás que ponerle las palabras  
que yo no me siento con derecho a escribir  
tendrás que pensar en tu propio cuerpo violentado  
o en el de tu hija  
o nieta  
secuestrada apenas nacida

nombres  
edades  
fechas  
lugares  
de sur  
a norte  
y a la inversa  
de la larga frontera  
(cicatriz en el desierto)  
al frío más descarnado  
los ojos tapados  
el olor a encierro  
y de pronto  
“Hubo como un aire de frescura y un olor a verde –cuenta Beba-  
y el trinar de los pájaros  
por unos segundos  
entre que nos bajaron de un vehículo  
y nos entraron a algún lugar...<sup>13</sup>”  
el trinar de los pájaros  
y el olor a verde  
como en los veranos de la infancia  
por unos segundos  
pero en el horror  
una foto en negativo  
tendrás que imaginarlo  
ponerle tus palabras  
dejar que el escalofrío te recorra el espinazo  
yo no pude  
no puedo  
¿con qué derecho?

---

<sup>13</sup> Palabras de una [sobreviviente](#) de la tortura.

“nos arrastraban del pelo por el piso,  
sabíamos lo que seguía”  
a veces dolía más escuchar los gritos de las otras  
dice alguien

“Sentí el interrogatorio, los insultos, una especie de aullido que sale de la garganta, del cuerpo de uno cuando no puede gritar. Sale un sonido que yo nunca he escuchado nada más humano referido al dolor, que es esa especie de gruñido, que no tenía nada de lo que yo pude sentir en toda mi vida”

“No era un grito,  
no era un gemido,  
era otra cosa,  
era algo que no podía salir...”  
el gruñido  
el aullido  
que no es vida ni es muerte  
el aire que no logra entrar a los pulmones  
la sed  
los ojos vendados  
y por unos segundos  
el olor a verde  
quién sabe qué recuerdos convoca en mí esa imagen  
que no puedo decirla sin que se me quiebre la voz  
el jardín tal vez  
mamá regando las plantas  
siempre hay jazmines cuando aparece  
siempre es una tarde tibia  
y no hay más futuro que ese hoy  
el pasto nunca terminaba de crecer  
los perros  
las lluvias  
las bicis  
hoy nos reíamos mi hermano y yo acordándonos

¡mirá que se esforzaban!  
y ahora se me quiebra la voz  
la memoria tatuada en los huesos  
los ojos vendados  
el manoseo  
una cuenta que quedó embarazada  
“no podemos permitirnos ese error”, dijo el comisario  
nunca había podido hablarlo, dice en el juicio  
tengo hijos  
pero lo recuerdo cada noche  
no hay pasado, escribió Alicia,  
todo está hoy aquí  
todo  
hoy  
aquí  
quería contarle  
no pude

Intenté hilar causas y efectos. Voces y sombras. Rostros y cuerpos. No se pudo. Nunca se puede porque hay una cuerda ahorcando las palabras. Y no es mi nombre, ni mi aliento, ni el desafiante hueso que sostiene mi pisada: es un nudo que corre en dirección al sur.

-¿Y usted puede describir esto?

Le preguntaron a Anna Ajmátova, haciendo cola para entrar a la cárcel de Leningrado en los terribles años de Yezhov.

Y ella respondió

-Puedo.

¿Y nosotros?

Testigos de los testigos.

Mencionarlos a todos por su nombre, dijo en un poema.

¿Y nosotros? ¿Nosotras?

Objetos, dijeron, artefactos, sueños, lugares.

Testimonios, dijeron. No estoy muy segura de haber cumplido.

Me gustaría haber sido más obediente.

O más ambiciosa.

Les ofrezco una disculpa.

Pero en realidad no tengo otra cosa que palabras.

Ése es todo el equipaje del sobreviviente.

(A lo lejos se escucha cada vez más débilmente la canción sefardí “Adío Kerida”. Apago la vela.)

En el principio fue el verbo

Después llegó el silencio.